

EL arquitecto y el Diablo

En un artículo anterior, un poco recargado, que llevaba por título **El doctor Fausto y el sentido del juego**, decía, a propósito de un texto de Thomas Mann, que el diablo no juega. Este verso intrigó al Lic. Enrique Góngora, apasionado estudioso del tema de Mefistófeles. Aunque cuando no pretendo competir con él en **demonología**, voy a evocar una leyenda en que el diablo juega, sí, pero como aguas-fiestas del arte.

En un cuadernillo de alemán para principiantes se narra una leyenda impresionante de la Catedral de Colonia. Tenemos que situarnos en los momentos culminantes del gótico, cuando el maestro constructor se apresta a iniciar una de las mejores obras del occidente, enorme esfuerzo de elevación en piedra gris, mezcla extraordinaria de solidez y liviandad a orillas del Rin. Desde el principio, el demonio se hace presente preguntando al **Baumeister** qué va a construir. Este replica que va a construir. Este replica que una casa de Dios, mejor que las muchas que ya hay en la ciudad. Su interlocutor, siempre tan convincente, se le opondrá como lo haría un buen munícipe o un cura moderno con "conciencia social": ¿para qué construir iglesias? El se propone un trabajo más difícil pero mucho más útil a la ciudad de Colonia, va a abrir un canal que venga desde el Mosela, en Tréveris, hasta el pie de la catedral inútil, por el que discurrirá agua pura y vino blanco. Tratemos de imaginarnos al "Príncipe de este mundo" como ingeniero o como abogado de un SNAA y de una Fábrica de Licores en la Alta Edad Media alemana. ¿Quién osaría negar el valor del agua, potable o no, y de un alimento tan sustancial como el vino? ¿Quién sería tan mezquino para oponerse a que el suministro de tales líquidos preciosos fuera público, por obra de canalización? Quizá algún señor feudal acomodado en la ventana de su castillo, en un alto promontorio.

Roberto Murillo



No, en todo caso, el **Baumeister**, honrado burgués de la época en que la burguesía era revolucionaria. Por eso él no provoca la apuesta fatal, que viene de su extraño interlocutor; aquel de los dos que termine primero el trabajo impondrá al otro dejar el suyo inconcluso. La primera actitud del **Baumeister** es la de replicar por la única vía por la que el arte puede contestar a la técnica: "yo no apuesto con usted". Pero acusado de rehusarse por temor, termina por ceder a la tentación. Imaginemos ahora a dos maestros alemanes, un ingeniero y un arquitecto, compitiendo en velocidad y perfección bajo la peor de las amenazas: la de dejar su trabajo inconcluso. Pensemos en todas las razones utilitarias que pesan, a favor del canal, sin olvidar que las grandes catedrales de la Edad Media se yerguen en cierta medida sobre sacrificios e injusticias el P. Yves Congar decía en una conferencia que la Catedral de Estrasburgo, pariente de la de Colonia, no vale la vida de un niño. Tenía razón, si realmente se encontrara uno en semejante alternativa. Pensemos además en que, para desgracia del **Baumeister**, es más fácil para los utilitaristas —y para ciertos socialistas— emprender la contra las finas y tenues creaciones del espíritu que contra dos, "demasiado humanos", de gasto inútil. Reflexionemos también, frente a la terrible competencia, digna de un grabado de Alberto Dürero, en que a veces el necesitado, y más frecuentemente su "líder", se sienten

más rencorosos frente a quien cultiva valores "elitistas" extraños que frente a quien posee bienes muy conocidos y apetecibles.

Lo que cuenta la leyenda, lo que inevitablemente tenía que pasar, es que cuando ya no faltaba más que la cruz de la torre, el **Baumeister** ve desde lo alto, con espanto, que el canal llega hasta el pie de la Catedral y que un pato blanco nada, allá en el horizonte, en las primeras aguas municipales. Y entonces se lanza "in die Tiefe und in dem Tod", en lo profundo y en la muerte. Porque no hombre entero difícilmente puede sobrevivir al fracaso de su obra, sobre todo cuando ésta es un puente entre la tierra y el cielo, un arco iris de piedra gris.

La Catedral, se dice duró mucho sin poder continuarse, tanto como duró en secarse el canal del diablo. Después, cuando se concluyó, y aun hoy, si se aplica el oído en el piso, puede escucharse el fluir subterráneo de las aguas y los vinos. El **Baumeister**, de quien podríamos decir, como Darío de Ganivet, que era "falto de fe, lleno de amor y de dolor", no comprendió que las obras desinteresadas, inútiles y bellas, llenas de sacrificio y de excelcitud, duran más que los proyectos de desarrollo. Tampoco pensó en que también en éstos hay a veces vino del más puro, "leche de la mujer amada", para bautizar las catedrales. Coincidió con el "príncipe de este mundo" en creer que hay una irremediable oposición entre el cultivo profundo de la belleza y el de la justicia en el plano de lo inmediatamente útil. Apostó unilateralmente por algo que sólo se levantaría después de su muerte y pagó con ella la parcialidad de su mirada. Parcialidad humana, tan humana como la otra, por causa del ojo mortal, pero divina... ¿por qué motivo? Por el que invadirá al que entre recogido, en una mañana de noviembre intensamente fría, en ese bosque ascendente de belleza de la Catedral de Colonia.